

LA FILOSOFÍA MORAL DE DON EUGENIO M. DE HOSTOS

Antonio Caso

(CONFERENCIA DICTADA EL 8 DE AGOSTO DE 1910, EN LA ESCUELA NACIONAL DE JURISPRUDENCIA Y PUBLICADA DENTRO DEL CICLO DE CONFERENCIAS DEL ATENEO DE MÉXICO)

Conscientia propugnans provirtute.

Dice el ilustre ideólogo granadino Ángel Ganivet en el principio de su *Idearium español*, refiriéndose al filósofo latino Séneca, que “no fue por azar hijo de España”, sino que en él pueden hallarse de relieve los atributos esenciales de la raza. Así es en verdad: Séneca representa anticipadamente los caracteres inherentes al estoicismo “natural y humano” que forma la médula de las lucubraciones morales de los grandes pensadores de estirpe española. Ese estoicismo, palpitante en algunas de las más intensas creaciones dramáticas de Rojas y de Calderón, en los libros de oro de la mística y la ascética castellanas, en varias de las obras poéticas de fray Luis de León y de Quevedo, en la incomparable *Epístola moral* atribuida a Fernández de Andrada y hasta en la misma estupenda concepción literaria de Cervantes; ese vigor irreducible de la personalidad capaz de salir victoriosa en todas las pruebas que la vida impone, es forma sustancial de la raza y a todas partes la ha acompañado y seguido, imponiéndose, como sello perdurable de su genio, en el carácter de los pueblos engendrados por ella para la civilización y la cultura occidentales.

Por eso en nuestras repúblicas americanas aparecen de vez en cuando en el curso de la historia, a pesar de lo revuelto del medio y no obstante la anarquía intestina que tanto suele rebajar la dignidad de las naciones, hombres que, reproduciendo lo que por herencia secular recibieron, saben conservar la pureza estoica de su espíritu y rechazar heroicamente los compromisos exigidos y ganados a los débiles por la vida contra la moral, por la realidad contra el ideal incorruptible. De estos hombres fue el insigne educador y moralista don Eugenio M. de Hostos, una de las más altas y más fuertes representaciones simbólicas de nuestra raza hispano-americana.

En estos tiempos de escepticismo moral y de individualismo exaltado, verdaderamente anárquico; cuando el hecho más constante y patente en las especulaciones filosóficas que de Europa nos llegan es la ausencia de la fe en el progreso racional de los hombres; cuando las teorías antiintelectualistas de un Nietzsche y de un Stirner producen formidables estragos en los espíritus torpemente inquietos, en las almas enfermas por el culto de vagos e inenunciables ideales; cuando cada vez se oye sonar más lejos el acento religioso de los grandes creyentes sistemáticos y todo parece disolverse en la imprecisión radical de las ideas, en la volubilidad de los sentimientos, en la hipertrofia desesperante de los caracteres, he creído oportuno y consolador recordar ante vosotros la doctrina del gran moralista que supo “igualar su vida con su pensamiento” —conforme al insigne aforismo—, convirtiendo así la superioridad de su espíritu en fuerza viva y orgánica, estimuladora del lento perfeccionamiento de las civilizaciones americanas.

Al recorrer los admirables capítulos de la *Moral social*, procurando seguir en todas sus derivaciones el pensamiento inflexiblemente sistemático del pensador antillano, al atravesar por los párrafos elocuentísimos que definen y pregonan un ideal harmónico de justicia y de benevolencia, trayendo a colación para ello todos los argumentos de la dialéctica más laboriosa, todas las inspiraciones de la creencia más sincera y más firme, lo mismo que las innumerables iniquidades que manchan indeleblemente la historia de la humanidad; al recibir la impresión verdadera de hallarme en presencia del regenerador de pueblos y de espíritus, repitiendo una y más veces sus enseñanzas, he pensado

que acaso la ética no ha de fundarse sino en la fe ingenua y desinteresada en el Deber; en la intuición clarísima del Bien, resplandeciente en la paz inmaculada de la conciencia de los justos.

Para Hostos la ley moral es *un orden natural*, como él mismo dice, y la ética se constituye por la creencia en la armonía eterna que liga al hombre con la naturaleza y a la sociedad con el hombre; armonía que descubre la razón, al desarrollarse según su propia dinámica, en su empeño de asimilar las manifestaciones de mutua dependencia que existen entre cada uno de esos términos relativos y que la conciencia moral acata y confiesa a su vez, porque también ella es armonía entre lo interior y lo exterior, entre la vida y el ambiente de la vida, entre la sociedad y las condiciones de la sociedad, entre el ser y las determinaciones del ser, entre el “bien” y los atributos del “bien” mismo.

“Aun cuando la lógica espontánea de las cosas no estableciera una relación de medio a fin entre cada habitante del mundo y ese mundo —dice Hostos—, bastaría la benéfica influencia de la armonía de todas las cosas entre sí para que en el alma de todos los seres surgiera, *como producto natural del medio ambiente*, el 'ideal del bien', la secreta aspiración de las grandes almas.”

El universo que Hostos presenta como arquetipo del orden moral (y que no es, dentro de su alma radicalmente optimista, sino un reflejo del mundo real, en función de las construcciones simbólicas y estéticas de la inteligencia) está regido, como por su ley esencial, por el “progreso incontenible e incontrastable”. Este universo fatalmente bueno es lo que engendra la base de la ética en la conciencia humana.

Todo gran racionalista se halla inclinado, por ingénita propensión de su espíritu, a tomar la perfección excepcional de su mentalidad congrua y sintética como cumplido trasunto del mundo, el cual, por desgracia, está lejos de entrañar, en su expresión cabal y adecuada, esa jerarquización, esa subordinación estética de lo singular a lo general, de lo menos general a lo más general, y de lo más general a lo universal necesario: subordinación que constituye la esencia propia y la ley ineludible del desarrollo orgánico de la razón.

Hostos piensa que tal mundo magnífico y próspero es capaz de sugerir por simple contemplación la evidencia del deber y el triunfo necesario de la justicia.

La creencia fundamental de los optimistas que basan el bien en la belleza racional y en el rigor de las demostraciones silogísticas concomitantes, el confortante espectáculo que ofrecen las almas apostólicas seducidas por su fe en la moralización progresiva de los hombres, el orden que finalmente ha de someter, según esos creyentes, a la humanidad rebelde, para realizar con ella y por ella el “bien”, son diversas expresiones, según el filósofo, de esta verdad esencial: la penetración necesaria del ritmo del mundo en las sociedades y los individuos de nuestra especie, la continuación trascendental de las leyes naturales en la conciencia humana. La moral de Hostos se construye sobre la afirmación del orden perenne que la razón descubre en las íntimas relaciones de las cosas.

El progreso mental ha consistido en la eliminación o amortiguación de las perturbaciones y de las asimetrías momentáneas y arbitrarias; en el descubrimiento de la ley invariable, en la comprobación de la uniformidad radical extensiva a todos los órdenes fenomenales y a todas las esferas del conocimiento.

El mundo está compuesto y combinado por el módulo que exhiben las síntesis de las proposiciones analíticas de los geómetras; todo existe subordinado a lo demás en virtud de una deducción inflexible, y el universo se revela como un único ser infinito y perenne:

“En el océano de la vida y en la tempestad de la acción (dice a Fausto el espíritu), ¡subo y bajo, voy y vengo! ¡Nacimiento y tumba! Mar eterno, trama movедiza, vida enérgica que en el telar rumoroso del tiempo tejen la veste inconsútil y animada de Dios!”

Y como las acciones humanas son modalidades de la existencia universal o, al decir de Taine, resonancias prolongadas del “axioma eterno”; como nosotros mismos somos dependencias orgánicas del ambiente en que vivimos, como la razón es la naturaleza misma que cambia su inercia en con-

ciencia y se ilumina en el espíritu, reflejándose en la diafanidad de su clarísimo espejo; la reflexión de la armonía eterna en la inteligencia humana es guía irrecusable del Bien. Al precisar y descubrir la verdad, la ciencia descubre y precisa, a un tiempo mismo, el deber y el derecho:

La moral no se funda más que en realidades naturales, y no se nos impone ni gobierna la conciencia sino en cuanto sus preceptos se fundan en relaciones naturales. Estamos ligados por nuestro organismo corporal con la naturaleza de que es parte, y de ese vínculo natural entre todo y parte se derivan las relaciones de la moral natural. Nos relaciona de un modo más inmaterial con nuestros organismos intelectual, volitivo y afectivo la que llamamos naturaleza moral o humana, y en todas las relaciones de ese orden se funda la moral individual. Pues de una serie de relaciones con la naturaleza social nace la rama de lo moral que tiene por objeto patentizar y hacer amables los deberes que hacen efectivo el bien social.

Esas relaciones del hombre individual con el social, de cada individuo con el grupo y del grupo con la sociedad son tan manifiestas como las que ligan cada organismo corporal con la naturaleza física, y cada conciencia con la naturaleza moral de que depende.

Con estar por naturaleza relacionado a la sociedad y a la humanidad, le basta al hombre para ser moral. Como esa es una realidad patente en la historia de los tiempos, basta a la ciencia. No sólo basta, sino que limita. La ciencia moral, para ser ciencia, no puede salir de ahí: sus límites están precisamente dentro de las relaciones que enlazan la vida orgánica, psíquica y social del hombre con el orden cósmico, moral y social. Por tanto, si la moral general está fundada en las relaciones del hombre con la naturaleza general, la moral social se funda en las relaciones particulares del hombre con la sociedad.

Toda otra concepción del fundamento de la moral nos parece artificio indigno del grado de desarrollo a que han llegado la razón y la conciencia humanas. Ni una ni otra necesitan, para la práctica del deber y para la busca reflexiva del bien, de otros estímulos que la excelsa dignidad del bien y del deber. Y si necesitaren de otros, prueba será de que no han llegado en su desarrollo al grado en que toda moral es consecuencia del conocimiento de nuestras relaciones positivas con la naturaleza, con nuestro propio ser y con el ser social.¹

He aquí, por último, este párrafo decisivo, en donde presenta a la ciencia como suprema moralizadora y origen causal de las “ideas-fuerzas” que imponen el desarrollo del Bien:

“Como el conocimiento reflejo de una ley lleva a quien lo adquiere, que es la conciencia, a someterse a los preceptos de la ley, y el deber no es más que sumisión de conciencia a las leyes y principios, preceptos y reglas, mandatos y ordenanzas de la naturaleza en cualquiera de sus manifestaciones y en cualesquiera fines y propósitos de vida, el deber es una deducción espontánea de todas y cuantas relaciones nos ligan con el mundo externo, con el mundo interno y con el mundo social”.²

Para Hostos, como para Spinoza, “la verdad es sustancial de la inteligencia, el ser sustancial de la verdad, y el bien sustancial del ser”. En la inmensa multiplicidad de relaciones y modalidades de la existencia, la racionalidad alcanza con plena perfección el fin esencial de todos los seres.

El amor intelectual de Dios, la beatitud de la meditación desinteresada, el abandono sistemático de los goces precederos por la impercedera felicidad, la participación en la divinidad, concomitante al desarrollo armónico de la inteligencia: eso es la ley moral.

La vida perfecta es la vida fundada en la razón, que se aparta lógicamente del remordimiento y que no teme la muerte; es plenitud libre y feliz que, dominando los apetitos corporales y las pasiones, descansa sobre el poder absoluto que el conocimiento proporciona.

¹ Hostos, *Moral social*, pp. 31-32.

² *Moral Social*, pág. 23.

El fondo propio de la naturaleza humana es la naturaleza racional, suprema dispensadora de paz inalterable en medio de las vicisitudes de la existencia,

Por eso Hostos declara que la base de la educación debe ser el cultivo de la inteligencia; por eso dice elocuentemente en aquel memorable discurso pronunciado en 1884 en la Escuela Normal de Santo Domingo, al graduarse de maestros sus primeros discípulos americanos:

“¿Qué enseñanza era necesaria para verificar la revolución saludable en esta sociedad ya cansada de revoluciones asesinas? La enseñanza verdadera: la que se desentiende de los propósitos históricos, de los métodos parciales, de los procedimientos artificiales, y atendiendo exclusivamente al sujeto del conocimiento, que es la razón humana, y al objeto del conocimiento, que es la naturaleza, favorece la cópula de entrambas y descansa en la confianza de que esa cópula feliz dará por fruto la verdad”.

“Dadme la verdad, y os doy el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrosaréis el mundo; y yo, con la verdad, con sólo la verdad, tantas veces reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis destrozado. Y no os daré solamente el inundo de las organizaciones materiales; os daré el mundo orgánico, junto con el mundo de las ideas, junto con el mundo de los afectos, junto con el mundo del trabajo, junto con el mundo de la libertad, junto con el mundo del progreso, junto—para disparar el pensamiento entero—con el mundo que la razón fabrica perdurablemente por encima del mundo natural”.

“¿Y qué sería yo, obrero miserando de la nada, para tener esa virtud del todo? Lo que podríais ser vosotros todos, lo que pueden ser todos los hombres, lo que he querido que sean las generaciones que empiezan a levantarse, lo que, con toda la devoción, con toda la unión de una conciencia que lleva consigo la previsión de un nuevo mundo moral é intelectual, quisiera que fueran todos los seres de razón: un sujeto de conocimiento fecundado por la naturaleza, eterno objeto de conocimiento”.

Tal es la admirable, la sublime profesión de fe del gran racionalista americano que como pedagogo y como apóstol vivió seducido por las proporciones estéticas de su síntesis intelectualista, creyendo con toda firmeza, en el fondo más íntimo y recóndito de su noble ser, que bastaba abrir a las inteligencias entenebrecidas por el prejuicio o la estulticia el fecundo campo de las especulaciones científicas, poniendo en íntimo contacto al yo y al mundo, y arrancando de raíz todo obstáculo intermediario, tradicional o no, para que al imponerse en cada conciencia la verdad, por el divino *fiat* genésico de la razón, brotara al mismo tiempo, como el fruto más lozano y espléndido de la labor científica, el reconocimiento del Bien y la moralización incontrastable de los hombres.

Todo el discurso mencionado, que es la obra maestra del pensamiento moral independiente en la América española; pero especialmente los párrafos en los cuales Hostos reveía su profesión de fe, pueden equipararse, en mi concepto, a los mejores trozos clásicos en los cuales los grandes pensadores de todos los tiempos han alcanzado la expresión literaria perfecta, como consecuencia natural de la perfección lógica de las ideas.

Empero, la armonía universal sentida y confesada por Hostos cuando declara que el deber es “deducción espontánea de todas y cuantas relaciones nos ligan con el mundo externo, con el mundo interno y con el mundo social”; el acuerdo constante y móvil, el equilibrio permanentemente realizado, la sinfonía total en la que concuerdan misteriosamente los innumerables *leit motivos* de la existencia, se desvirtúa un tanto por el único elemento perturbador en la historia de la humanidad y en la de cada espíritu individual concreto, por el poder satánico y rebelde esencialmente a la autocracia cósmica de la razón: la voluntad.

“Tal vez, al instituir una personificación suprema del mal enfrente de la suprema personificación del bien, no han querido otra cosa las religiones positivas que consagrar *trastornos* de la naturaleza y del espíritu, de la sociedad y de la ley universal, la omnipotencia de la voluntad predominante para el mal. En este gobierno interior de cada hombre, que llamamos

alma, hay fenómenos idénticos al gobierno de las sociedades. En éstas, el predominio del poder ejecutivo determina infaliblemente el despotismo; el despotismo es un *trastorno* de las leyes de la sociedad. La voluntad es el ejecutivo del espíritu: subordinado a la razón y al sentimiento, produce el bien; desligado del sentimiento y de la razón, produce el mal”.

“Una grande actividad de pasiones, aguijoneada por una voluntad, eso es el crimen. Los otros lo cometen en sí mismos: son suicidas. Los otros lo cometen en su hermano, en su deudo, en su amigo, y tienen cien nombres en los códigos penales. Los otros lo cometen en un pueblo, y son tiranos, déspotas y autócratas. Los otros lo cometen en la humanidad, y los llaman conquistadores, héroes, semidioses... Son meras combinaciones de la misma voluntad, con diferentes circunstancias”. (*Hamlet* página 20).

La enemiga de la ordenación necesaria del mundo moral, el rompimiento del ritmo cósmico, la disonancia contradictoria de la sinfonía eterna, es, bien lo veis, la voluntad, “facultad esencialmente perversa”. (*Hamlet*, pág. 20).

Los malvados, como el Claudio de Shakespeare, en los que predomina la voluntad sobre la razón, son obstáculos individuales que se contraponen al triunfo final de la idea.

Pero no sólo los individuos manifiestan por su perversión la irracionalidad de su conciencia; también las sociedades constituidas por ellos presentan, en el curso de la evolución histórica, aspectos irreducibles al principio de la moralidad:

“Ni el hombre individual, ni el hombre colectivo de nuestro tiempo acarician ese ideal. Hay quienes lo tienen, claro está, y esos, para estar a la altura de su ideal, o viven mártires de él o son sus víctimas. Pero esos mártires o víctimas del ideal humano, del destino ideal del ser humano, del verdadero, del sumo ideal, del que consiste en realizar o sustentar todos los fines del ser, armonizándolos, han podido vivir y han existido en civilizaciones inferiores, y los que existen en el seno de la civilización coetánea, aunque más que sus precursores, son muy pocos. Los demás, lejos de mortificarse en el afán del ideal, se atemperan a la civilización anormal que contribuyen con la propia anormalidad a hacer más irregular y más incompleta, cuanto más inmoralmemente legan a las generaciones venideras la tarea de mejorar, completar, armonizar y moralizar la civilización a que concurren”. (*Moral Social*, pág. 12).

Hostos siente la realidad contingente como una cosa que se contrapone a su ideal necesario, pero que, precisamente por eso, habrá de anonadarse, llegando el día en que el mismo pensamiento del mal se borraré de la inteligencia; en que ninguna perturbación impedirá ya a los hombres gravitar hacia el Bien con todas las potencias del alma, con todas sus facultades intelectuales, porque, a Dios gracias como dice Fichte, “el mal no se hace por el mal mismo, sino por el bien que se espera de él”...

Como Zarathustra, Hostos cree en la victoria mística de los ejércitos de Ahura-Mazda sobre la caterva impía de Anro-Manyus, y espera firmemente que el ideal optimista de hoy sea la realidad insuperable de mañana.

Al fin y al cabo se restablecerá el armónico equilibrio, y la razón, extendiendo su imperio sobre la voluntad, logrará disolver y reducir los elementos negativos por la afirmación consciente y libérrima del bien. ¡Y en la eternidad insondable, no habrá cesado nunca de vibrar la sinfonía del universo!...

La base lógica de la moral de Hostos es el concepto de la euritmia universal construido sobre la noción de ley natural. Para Hostos como para Montesquieu, toda ley es “expresión necesaria de las relaciones de las cosas”; y la ley moral, expresión, necesaria también, de las relaciones de la naturaleza física con el mundo social y moral. Por esta razón, según os lo he dicho con anterioridad, juzga el filósofo que el ritmo universal del mundo se prolonga hasta el fondo interior del alma hu-

mana; y la civilización y la moralización le aparecen como aspectos o resultados superiores de la progresiva racionalización y *conscifacción*, como él mismo dice, sirviéndose de un enérgico y feliz neologismo.

Al conceder un valor metafísico absoluto a las uniformidades de co-existencia y secuencia que determinan el conocimiento científico, esencialmente relativo; al sostener, con Spinoza, Hegel y Taine, la concatenación lógica entre los atributos y modos del ser, Hostos sienta como consecuencia ineludible de su concepto sintético de las leyes naturales este postulado fundamental, que carece totalmente de demostración dentro de su sistema: la esencia del mundo es racional, es decir, adecuada a la constitución intelectual de la mente humana.

Es verdad que obedeciendo a las inspiraciones concomitantes de las corrientes filosóficas contemporáneas, experiencialistas y positivistas, niega el moralista toda ética fundada en postulados metafísicos; pero el principio que admite, según el cual la existencia puede haber y cabe en efecto dentro de enunciados plenamente lógicos, la idea de una armonía eterna entre la sociedad y el medio físico ambiente en el cual se desarrolla, el concepto que erige el deber en "deducción espontánea de todas y cuantas relaciones nos ligan con el mundo externo, con el mundo interno y con el mundo social", son, sin duda alguna, postulados metafísicos deterministas e intelectualistas, como los que sirvieron al insigne sistematizador del panteísmo en el siglo XVIII para trabar los diversos miembros lógicos de su *Ethica more geometrico demonstrata*.

La espontaneidad necesaria del deber como adecuación de la naturaleza moral del hombre a la naturaleza armónica y lógica del universo, verdadero *deus ex machina* del hostosismo, resplandece en todos sus desarrollos prácticos y especulativos, y en todos imprime un carácter constante de subordinación de los elementos particulares y personales a las fórmulas universales, y de absoluta dependencia del individuo con respecto a la sociedad.

De aquí que conciba las agrupaciones sociales por el tipo de los organismos biológicos y que admita en todas sus consecuencias la noción, clásica en sociología, de la realidad del ser social. La filosofía y la moral hostosianas son ejemplos del racionalismo más sistemático y coherente.

Ahora bien, la crítica actual ocupada en "pensar la ciencia", para ver de unir los apriorismos de la filosofía, con los apriorismos no menos radicales ni esenciales de las disciplinas científicas, ha realizado en mi concepto un trabajo definitivo, minucioso y trascendental con respecto a la concepción determinista de las leyes naturales que engendra como corolario en la conciencia, la afirmación de la plena inteligibilidad del universo, la bella y deslumbrante concepción panteísta del armonismo absoluto.

Auguste Comte fue el primer filósofo de tradición experiencialista que, contrariando la herencia recibida del naturalismo, afirmó la irreducibilidad de cada orden de leyes naturales al orden próximo superior o inferior.

El crítico contemporáneo M. Émile Boutroux, en sus tratados sobre *La idea de ley natural* y *La contingencia de las leyes de la naturaleza*, ha completado la labor genialmente iniciada por Comte, demostrando que "la lógica, por lo menos la lógica real que comprende la teoría del concepto, del juicio y del razonamiento, supone datos irreducibles a la relación rigurosamente analítica que es el único título de la perfecta inteligibilidad".

Las uniformidades de la naturaleza son métodos hallados por el hombre para adaptar las cosas a su inteligencia, pero no nos revelan ni podrán revelarnos nunca sino que el carácter de necesidad, atribuido por el determinismo al mundo, reside en la esencia de la razón humana, siendo la naturaleza en sí infinitamente más compleja y variada de lo que pensó el panteísmo lógico, infinitamente más fecunda e inagotable que como aparece en la sinfonía cósmica engendrada por la noble ilusión optimista en la conciencia de Hostos.

No, el universo no es el monstruoso ser geométrico que se desarrolla en la paz de su esencia inefable desplegando infinitamente sus modos y sus atributos infinitos. No, la vida no puede reducirse

a las proporciones lógicas del análisis, que en el momento de acercarse hasta ella la destruyen con su aparente exactitud, cuando creen reducirla, y la niegan cuando piensan comprenderla. No, el alma humana *es más* que razón; es lo que la historia de la especie exhibe en las formas simbólicas del heroísmo y del amor. La voluntad no es facultad satánica esencialmente negativa y perversa como quiere Hostos, sino fuerza victoriosa o vencida, pero en actividad extraordinaria, que se adapta al bien y lo realiza, sobre las vicisitudes inherentes a la existencia, fundando así el resorte prepotente de la evolución de los pueblos y de los individuos.

De la libertad metafísica, “dato inmediato de la conciencia”, confesión unánime del sentido común de la humanidad que jamás podrá destruir ningún determinismo, de las facultades capaces de armonizar con prescripciones imperativas de la razón en concordancias más heterogéneas que las que finge el monismo panteísta, de ahí proceden las necesidades morales, aspiraciones colectivas y personales que constantemente se agitan queriendo ser en el fondo la conciencia, para aparecer más tarde como síntesis de la vida y del ideal, surgiendo con incalculable belleza en las acciones de los hombres, en las relaciones de los pueblos, en los ensueños de los utopistas, en las reivindicaciones de los oprimidos, en el apostolado de los santos, en las creaciones anticipadoras de los poetas y de los videntes. ¡Mundo que se afianza como por su raíz al mundo *que es* y florece como un inmenso árbol bajo cuyas solemnes ramazones contemplan los ojos atónitos de los hombres la plenitud del cielo!...

El optimismo de Hostos encuentra en su desarrollo, como obstáculo infranqueable, la noción misma de la voluntad que, al subordinarse al orden físico, no hace sino seguir las sugerencias de la carne, como dicen los teólogos, del organismo biológico con el que coexiste el principio inteligente, base libre de la verdadera moralidad.

Si sólo fuésemos a regir nuestras acciones por el reflejo de las leyes fatales del mundo inerte en nuestra propia conciencia, seríamos completamente inmorales, o por mejor decir, amorales; el bien y el mal carecerían de significación para nosotros, y la ley del hedonismo absoluto sería lógicamente la norma ética de nuestra vida espiritual, así como es la ley superior de nuestra actividad orgánica.

Cuando, a pesar de su creencia arraigadísima en la armonía geométrica del mundo, y en virtud de una inconsecuencia palmaria consigo mismo, confiesa Hostos la “eternidad de esfuerzos que ha costado el sencillo propósito de hacer racional al único habitante de la tierra que está dotado de razón”, no podemos menos de pensar que es impotente el orden cósmico para engendrar en la conciencia de los hombres y en la vida de las naciones, no ya la ley moral en toda su amplitud imperativa, sino la más pequeña partícula de bien; y por ende, el origen real de la moralidad no es el determinismo físico y biológico, sino la construcción ideal y sintética llevada a cabo por la razón y basada en el libre albedrío como elemento metafísica de su consecución efectiva.

No hay que dejarse seducir por los que piensan edificar la moral sobre bases científicas, por más venerables y conscientes que sean sus propósitos: la ciencia no puede ofrecernos sino resultados relativos, nunca normas necesarias de acción; y sólo en virtud de principios necesarios se puede obligar a seres de razón como los hombres.

En desconocer la esencia propia de la especulación científica, pedirle datos para la elaboración de teorías morales, Hostos desconoció el valor contingente de las leyes cósmicas: por eso construyó sobre bases deleznable su sistema orgánico de moral social, por eso incurrió en las contradicciones que he procurado desprender al analizar imparcialmente las teorías que prohiere. “Su preferencia otorgada al pensar sobre el sentir y el querer”, lo condujo a simplificar el cuadro real de la existencia y a impedir que la verdadera armonía del universo se concibiera en toda su integridad por su luminoso espíritu de apóstol.

Pero hay algo de su labor que en cierto modo perdura y que, resistiendo los ultrajes del olvido, habrá de alentarnos y acompañarnos en nuestra peregrinación indefinida; hay algo más fundamen-

tal que sus libros perecederos y sus creencias filosóficas; algo aún más inmaterial y excelso: la conciencia que abrigara del cumplimiento adecuado de su misión, el ejemplo de su existencia consagrada a la “áspera religión del deber”, la energía misteriosa de su alma que se opuso conscientemente a la sucesión de los acontecimientos exteriores y los forzó a modificarse, al ejercer sobre ellos la potestad de su energía, de su virtud interior, tanto más invencible cuanto que era inviolable y divina por su origen y esencia. Lo que de él nos queda, helo aquí expresado en estas palabras que se oyen decir unciosamente en la serenidad del recogimiento íntimo, como desprendimiento fácil y ascensión mística del alma incorruptible al infinito:

Sólo es digno de haber hecho el bien, o de haber contribuido a un bien, aquel que se ha despojado de sí mismo hasta el punto de no tener conciencia de su personalidad sino en la exacta proporción en que ella funcione como representante de un beneficio deseado o realizado.

El que de ese modo impersonal se ha puesto a la obra del bien, de nadie, absolutamente de nadie, ha podido recibir el mal. ¿Qué gusano, qué víbora, qué maledicencia, qué calumnia, qué Judas, qué Yago han podido llegar hasta él? ¿Es él un gusano? ¿Es él una excrecencia revestida de la forma humana?

No, señores: él es lo más alto y lo más triste que haya en la creación. Es la roca desierta que sobranos esfuerzos han solventado lentísimamente por encima del mar de tribulaciones, y que sufre sin quebrantarse la espuma de la rabia, el embate de la furia, el horror desesperado de las olas mortales que la asedian. Es la conciencia, triste como la roca, pero alta como la roca desierta del océano.

México, 25 de julio de 1910.